

# *Ramón Otero Pedrayo en la revista Misión, de Orense, durante los años de la Guerra Civil*

OLIVIA RODRÍGUEZ GONZÁLEZ

## LA REVISTA *MISIÓN*

*Misión*, «revista quincenal de la parroquia y la escuela»<sup>1</sup>, fue fundada en Orense en plena guerra (enero de 1937) por un grupo de católicos vinculados a la Enseñanza y la Iglesia, entre los que se contaban Vicente Risco y Ramón Otero Pedrayo. Hasta su desaparición en 1947, conoce tres fases:

1) Entre los meses de enero de 1937 y mayo de 1939 se publican cincuenta y cuatro números en los talleres de *La Región* de Orense. La dirige Ricardo Outeiriño, que también está al frente del diario *La Región*.

2) En septiembre de 1939 la revista vuelve a editarse, esta vez en Pamplona, con un formato más amplio y mejores medios materiales. Según Manuel Cerezales<sup>2</sup>, Outeiriño y él acordaron trasladar la revista a esta ciudad y convertirla en semanario, utilizando la imprenta de *El Pensamiento Navarro*. Para colaborar en la edición de la nueva etapa fue enviado en ayuda de Cerezales el propio Vicente Risco, que permaneció en la ciudad navarra durante varios meses.

3) En 1941 la revista se traslada a Madrid, donde Manuel Cerezales

---

<sup>1</sup> Según rezan los anuncios en la misma revista, la Editorial Católica, S. A., es la casa editora de *La Región*, el *Boletín Oficial* de la provincia, *Misión* y «otra publicaciones».

<sup>2</sup> Manuel G. Cerezales, «Vicente Risco, en Pamplona», *Razón de España*, núm. 13, s.l., septiembre-octubre 1985 (pp. 220-224).

cede la dirección a José Luis Peña Ibáñez. El 15 de noviembre de 1947 sale a la calle el último número.

Hoy puede encontrarse la revista *Misión*, salvo unos cuantos números de la primera etapa (los tres primeros y los diez últimos) y algún ejemplar posterior irremisiblemente perdido, en la Hemeroteca Municipal de Madrid, junto con varios cuadernillos que se añadían como suplementos. En la Hemeroteca Nacional sólo pueden consultarse ejemplares de la etapa madrileña.

### **Primera etapa: la Guerra Civil**

En medio de la guerra, y como uno los bastiones del bando autodenominado «nacional», la revista es órgano de difusión de una parte del magma ideológico que lo sostiene: el catolicismo tradicionalista e intransigente, que ve en la enseñanza el instrumento fundamental para su pervivencia en la sociedad española, y en los movimientos fascistas de Europa un espejo y un modelo de organización política que, una vez adaptado al propio país, le podría otorgar un poder indiscutible. Lo evidencian en *Misión* sus editoriales y la mayoría de sus colaboraciones. Éstas se deben a la pluma de maestros de primera enseñanza, como Roque del Agra; o de Juan Soler de Morell y Antonio Fernández Rodríguez, modestos nombres que hablan del magisterio. Escriben también religiosos del empaque de Enrique Chao Espina, Fr. Gumersindo Placer o el mismísimo cardenal Gomá. Hay igualmente nombres ajenos a la Iglesia, pero afectos al nuevo régimen que quiere imponerse, como los de Alfonso Iniesta y José Sanz y Díaz.

Ahora bien, y éste es el hecho que ha motivado el trabajo presente, la mayoría de las colaboraciones se deben a dos ilustres polígrafos del «Grupo Nós»: Vicente Risco y Otero Pedrayo. El primero firma la mayor parte de sus artículos con su nombre, mientras que el segundo usa múltiples seudónimos con los que deja cada número plagado de sus preocupaciones y su estilo de siempre, aunque esta vez se exprese en el idioma castellano, que en el pasado apenas utilizó. Puede decirse que *Misión* es creada y hecha por Risco y Otero Pedrayo, dado que se sostiene casi exclusivamente con escritos de estos dos autores, en un mano a mano que habla a favor de unas relaciones más que profesionales entre los dos amigos de antaño, relaciones que últimamente se habían puesto en tela de juicio <sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> La historiografía del galleguismo habla de un Otero Pedrayo alejado de Vicente Risco desde que éste se entrega a la causa golpista nada más estallar la guerra civil. El libro de Víctor F. Freixanes, *Unha ducia de galegos*, Galaxia, Vigo, 1976, constató dicha visión. A Risco y a

A medida que avanzan las entregas de la revista, que además cuenta con una «Biblioteca Misión» de suplementos, el número de colaboraciones de Risco y Otero crece hasta desbordar la capacidad del seudónimo y hacer necesario el anonimato en algunos de los artículos y comentarios.

En los más de cuarenta números de esta primera etapa de *Misión*, aparecen alrededor de 120 trabajos de Ramón Otero Pedrayo. No queremos dar una cifra exacta, ya que existen dudas acerca de algunos seudónimos, como veremos más adelante. Al echar a andar la revista, escribe Otero dos colaboraciones por entrega. Únicamente falla en algún número del verano. Será al iniciarse el año 1938 cuando sus trabajos se dupliquen y se vea obligado a hacer uso de nuevos seudónimos. Llega un momento en que aparecen hasta cinco y seis artículos de su mano, alguno de ellos sin firma (ver por ej. el núm. 28 del 1 de abril de 1938).

### **La importancia de *Misión* en la trayectoria de Otero Pedrayo**

Ramón Otero Pedrayo permanece en Orense durante la guerra civil, y desde que en agosto de 1937 es expurgado como catedrático de Instituto, pasa grandes temporadas en su pazo de Trasalba, en un contacto más que estético con el campo, por cuya estimación había clamado virgilianamente en ensayos sobre el paisaje y la geografía de Galicia<sup>4</sup>. Antes de ser víctima de la depuración en territorio «nacional», ya eran constantes sus colaboraciones periodísticas y es de suponer que con el retiro aldeano se harían más cuantiosas. Se puede afirmar que no deja un momento de escribir para los papeles: lo hará en castellano para *Misión* y *La Región* de Orense, así como para algunas publicaciones dirigidas por amigos, como *Santo y Señá*, de Álvaro Cunqueiro, que se pasea entonces como periodista del embrión del nuevo régimen; o *Posío*, de José Luis Varela, entonces alevín de juventudes católicas.

Otero no volverá a utilizar el gallego en sus colaboraciones hasta 1944, año en que publica en *Sonata Gallega* de Pontevedra el artículo «Camiños na paisaxe». Seguirá en *La Noche* de Santiago de Compostela a partir de 1946, aproximadamente. Las primeras publicaciones americanas, sostenidas por la emigración y el exilio político gallegos, que recogen sus escritos en idioma

---

Otero, a pesar de todo, los unió algo más que un catolicismo a ultranza en los días difíciles de la guerra. Por lo menos durante esos años. Quizá las diferencias vinieran después, a partir del viaje de Otero a América y el reencuentro con la Galicia del exilio.

<sup>4</sup> En obras como *Síntese xeográfica de Galicia*, A Cruña, 1926; *Problemas y paisajes geográficos de Galicia*, Madrid, 1928. Y en años posteriores en *Ensaio sobor de paisaxe galega*, Vigo, Galaxia, 1955.

gallego serán *Galicia* de Buenos Aires, y el *Día de Galicia* y el *Universal*, de Caracas <sup>5</sup>.

*Misión* queda como un puente, en castellano y construido por la guerra, eso sí, entre sus trabajos medularmente galleguistas de los azarosos años treinta y la reconstrucción del galleguismo cultural, en la que Otero destacará como maestro de nuevas generaciones. Los artículos de *Misión* niegan la solución de continuidad en un proceso, el de la reflexión de Ramón Otero Pedrayo sobre el significado de Galicia en la cultura universal, que nunca conoció descanso. Así se desprende del análisis de su trabajo.

### La proliferación del seudónimo en Otero Pedrayo <sup>6</sup>

Otero Pedrayo, según testimonio de sus compañeros, prometió no firmar con su nombre ningún escrito que no estuviera en gallego <sup>7</sup>. Era imposible que pudiera usar este idioma en una revista católica y nacional en el año 37, cuanto más, siendo persona sospechosa por su pasado nacionalista. He ahí el origen del seudónimo en Otero Pedrayo, firma que sólo parece responder a dos requisitos: a) nombre de pila sencillo, como «Luis», «José», «Juan», «Antonio». Éste a veces no queda fijo, porque pasa mucho tiempo entre un traba-

<sup>5</sup> Se puede comprobar en la bibliografía ofrecida por VV.AA., *Ramón Otero Pedrayo. A súa vida e a súa obra*, Homaxe de Galicia Universal, Caracas, 1958, y reproducida en VV.AA., *Otero Pedrayo. Exposición-Centenario*, Xunta de Galicia, Santiago de Compostela, 1988, pp. 117-132. La bibliografía es ampliada por Xosé Ramón Quintana y Marcos Valcárcel, *Ramón Otero Pedrayo (vida, obra e pensamento)*, Ir Indo, Vigo, 1988.

<sup>6</sup> Sobre los seudónimos en Otero Pedrayo se puede ver el artículo de Xosé Filgueira Valverde, «Adral. Os seudónimos en Otero Pedrayo», *Faro de Vigo*, núm. 44.631, domingo, 29 de agosto de 1976 (este autor niega ya que Otero crec heterónimos: «A obra de Otero ten unha circía unidades, calisquera que sexa a firma que poña debaixo dos seus escritos»). La obra citada de Manuel Cerezales (p. 221: «En aquelas fechas, no terminada aún la guerra civil, muchos escritores utilizaban seudónimos. Ramón Otero Pedrayo, el colaborador más frecuente y más caudaloso del seminario, usaba y hacía circular por publicaciones de la zona nacional los de «Luis Peñanofre», «Antonio de Monteagudo», «Santiago Amaral», «Luis de Alba» y algún otro que he olvidado»). El libro de Carlos Balañas, *Descubriendo a Otero Pedrayo*, Fundación Universitaria de Cultura, «Coordenada», Santiago de Compostela, 1991 (dentro del capítulo I: «A persoa e os seus heterónimos») tiene un apartado con el nombre «No exilio interior. A época dos pseudónimos». También Cerezales, en «Os pseudónimos de Otero Pedrayo», *O Correo Galego*, Santiago, 24 de abril de 1994.

<sup>7</sup> Según testimonio oral de Manuel Cerezales, luego publicado en «Os pseudónimos de Otero Pedrayo», *op. cit.*, donde se lee: «Unha vez escribinlle a Otero propóndolle que asinase con nome e apelidos os seus artigos para *Misión*. Desculpouse aducindo que mentres non puidese facello na súa amada lingua galega, absteríase de da-lo seu nome.»

jo y otro de la misma firma, o porque el autor tarda tiempo en decidirse y vacila, haciéndolos bailar ante un mismo apellido: «José/Luis/Antonio... Monteagudo», «José, Luis, ... Alba». b) Un apellido con simbolismo claro, de con notaciones geográficas o paisajísticas: «Gallego», «Peñanofre», «Monteagudo», «Aldea», «Alba», «Montes», etc.

Los seudónimos de Otero Pedrayo no se convierten nunca en heterónimos: no engendran autores de ficción. Es más, ni siquiera se especializan en temas, estilo o técnica determinados. Se diría que cualquier seudónimo es válido para cerrar cualquier trabajo, con tal de que no se repita el nombre dos veces en el mismo número de la revista. Los temas son intercambiables, y todos genuinamente oterianos. El seudónimo es, en Otero, pura coraza, con el toque simbólico y estético mínimo para hacerlo atractivo al autor.

La fortuna que sufren no es, sin embargo, igual en todos ellos. Quizás porque se siente más cómodo, y son los primeros que utiliza, Otero usa con mayor frecuencia dos seudónimos: «Juan Gallego» y «Luis Peñanofre», a los que no altera nunca el nombre de pila. Más adelante, ya en el año 38, aparece «Santiago Amaral», que se convertirá en su preferido, a juzgar por su uso fuera de *Misión*.

### **Clasificación de las colaboraciones de Otero Pedrayo en *Misión***

#### 1) *Suplementos*

La revista *Misión* publicaba en forma de «separatas» una serie de suplementos sin fecha autónoma y sólo en unos casos numerados. Esto es, por lo menos, lo que deja ver la consulta de dichos folletos en la Hemeroteca, donde, por otra parte, encontramos incompleta la colección. Allí aparecen agrupados siguiendo las series temáticas de los encabezamientos: «Relatos históricos», «Estudios literarios», «Arte», «Folk-lore»... Mencionaremos los que la Hemeroteca Municipal de Madrid posee, teniendo en cuenta que la fecha de algunos puede ser posterior a la de la etapa que hemos fijado como objeto de estudio <sup>8</sup>.

Ramón Otero Pedrayo escribe algunos de estos suplementos con el seudónimo «Santiago Amaral» (recordemos que en los números de la revista lo vemos aparecer a partir de 1938). Empezaremos con el que lleva por título «Histórica y Geórgicas»:

Otero teoriza sobre el concepto «geórgico» como sinónimo de «histórico», centrándose en algo tan concreto como la finca llamada «Gorpelleira».

<sup>8</sup> En efecto, la bibliografía a la que nos hemos referido en la nota 5 fecha los suplementos «Chateaubriand, Lamartine y Leconte de Lisle...» en 1942 y en 1943 «Fausto y el Peligro del Gran Turco», «Sicilia, temas y recuerdos» y «San Martín Dumiense...»

Intenta evocar el estado pre-geórgico de ese paisaje, antes de que el hombre entrara en la historia arrancándolo con su azada de la nada preliminar:

«Seguramente fue un hombre hosco y fuerte el primero que cavó esta tierra y la «arrancó» de lo inédito del paisaje, y la hizo entrar en la historia, al tiempo que él entraba en ella» (p. 5).

«Santiago Amaral» trata, en otra ocasión, de un santo de enorme devoción en Galicia, al que parece deberse la conversión del pueblo suevo por el efecto de sus reliquias. Es una hagiografía como tantas otras que Otero escribe del santoral católico: «San Martín Dumense o Bracarense, fundador y apóstol de Galicia (Vida, obras, recuerdos)».

Un tercer trabajo se dedica a la isla de Sicilia. En «Sicilia. Temas y recuerdos», comienza Otero con la cita de *La Odisea* que atribuye a sus habitantes la construcción del primer navío, para pasar a la influencia en el espíritu de Goethe de la isla durante el viaje que éste realiza a Italia. Comenta el significado del mapa geológico siciliano, y concluye con los famosos versos del *Polifemo* de Góngora.

En la serie de suplementos que llevan el epígrafe de «Estudios literarios», con el núm. 2, hay uno de «Santiago Amaral» que analiza los discursos de ingreso en la Academia Francesa de tres literatos de su personal Parnaso: «Chateaubriand, Lamartine y Leconte de Lisle en la Academia Francesa».

Por otro lado, la participación de Otero Pedrayo en los suplementos se desarrolla como traductor con un nuevo y exótico seudónimo elegido para la ocasión: «Iván D'Artedo». Chateaubriand y Gautier, en sendos diarios de viaje por Italia y España, son divulgados por Otero en un tipo de literatura, la de viajes, muy apreciada por el culto orensano. Las ideas literarias de Ozanam y Abel-Francisco Villemain se dan a conocer mediante la traducción de dos ensayos, sobre literatura medieval y sobre el género de la «oración Fúnebre», respectivamente.

## 2) *Los artículos, desde el ensayo a la narración*

Todas las colaboraciones de Otero Pedrayo tienen una extensión, una técnica y un «aire» muy parecido. El «aire» lo dan ciertos temas y motivos, metáforas y símbolos, sobre los que no deja de dar vueltas, sabiendo no repetirse, sino ampliarse en espiral, con visiones poliédricas de los mismos asuntos.

El seudónimo da lo mismo, como ya dijimos: lo que importa es no repetir

el nombre en la misma entrega. Hasta pudo ordenárselos otra persona. Manuel Cerezales recuerda montones de artículos de Otero Pedrayo guardados en los cajones de la dirección de la revista, porque era más lenta su publicación que su nacimiento de la pluma de su autor.

Sólo dos de estas colaboraciones se organizan en series: «Temas del Año Santo», durante 1937; y «Esbozos de escritores católicos».

Otras inician un tipo de colaboración al estilo de las glosas de Eugenio D'Ors que hacía años Vicente Risco había hecho usual en la prensa gallega: «Motivos». Este tipo de artículo queda sólo representado por una muestra, para ser cultivado profusamente en fases posteriores de *Misión*.

En cuanto a la técnica periodística usada por Otero Pedrayo, lo más frecuente en él es iniciar el artículo con un pre-texto, un punto de arranque que, o está en la contemplación de un determinado paisaje, o en el encuentro con un objeto o un recuerdo. Estos últimos pueden traer mensajes de tiempos lejanos, como un epitafio, una medalla, una cita de un libro; o traer impresas las huellas de un pasado más reciente, como una litografía, una fotografía, o una estampa de revista ilustrada. De ahí pasa a tratar el tema central, después de haber captado la atención del lector.

Casi todos los artículos pueden adscribirse al subgénero ensayístico, con discurso en tercera persona y con una importante presencia del elemento descriptivo y lírico. Fluctúan entre los de tono comedido y profesoral, y aquéllos desbordadamente retóricos, repletos de imágenes brillantes, que constituyen, en ocasiones, bellos ejemplos de poemas en prosa. Hay, por otro lado, un grupo de artículos de carácter narrativo, algunos de ellos auténticos cuentos, que veremos más adelante.

El estilo de Otero, como es sabido, tiene su clave en la «amplificatio» retórica, a través de las figuras basadas en la repetición: el paralelismo, la bimetración, la enumeración con asíndeton, son las más frecuentes. Hay magníficos ejemplos de anáfora y antítesis, y un uso constante de la aliteración, el epíteto y la metáfora. Cualquier artículo podría avalar los recursos dichos. Pero baste como ejemplo uno de los más hermosos que no dudamos en reproducir (A. Monteagudo, 12) <sup>9</sup>:

«Una hora de Compostela»

«Bajo el gran sol del verano Compostela duerme como un viejo soto de castaños. Se mustian los dorados líquenes que en las piedras del Obradoiro perennizan un inmortal crepúsculo de otoño. Se afinan agudos los diedros de las torres,

<sup>9</sup> Acompañaremos cada cita con la referencia al seudónimo y número de catálogo que adjuntamos al final.

charla en voz baja la sombra al amparo de los claustros. Falta la cantata múltiple de la lluvia, las frases largas y engarzadas en sinfonía de las gárgolas, la trascendente poesía de las nieblas jugando a las arquitecturas con las obras de los hombres. La soledad luminosa deslumbra las plazas y corre en silentes rías encauzada por las rúas. Busquemos un lugar humilde. Allí correrá un poco de frescor de los campos.

No puede ser otro que el campillo de San Francisco. En la falda augusta de la ciudad parece un atrio aldeano. Se complace en esconderse como un pradillo disimulado entre los grandes árboles. Parece el conjunto franciscano de templo, convento y campo un grupo de mendigos en el umbral de Compostela. En su silencio mueren como en un lago las calles. Baja la cuesta vieja con andar de piernas gotosas y arqueadas. Festoneada de sombras de gárgolas la rúa de San Francisco duda un momento y luego se parte en dos caminos campesinos que entre tapias altas o bordeados de casucas humildes buscan las frescas orillas del Sarela para confundirse en el divagar lento de los caminos labriegos de Galicia.

Valdediós. Remanso de las aguas que acumuladas en los altos techos, partidas por las cúpulas, sonorizadas en los claustros, encuentran de nuevo su cantar sencillo de sendero de carro, de campo de aldea. Solar de feudo, obediente y pacífico el Serafín Asís lo señaló como dedicado a la pobreza. Aun hoy sus edificios aceptan con santa alegría la humildad y no los ofende la jactancia de los dos grandes edificios —San Martín Pinario, el monasterio como un navío de larga popa de velero, y la Facultad de Medicina, en cuya piedra nueva aun cantan los picos— que los contemplan desde arriba.

Silencio admirable y profundo del mediodía frente a la sencilla mansión de los Menores. Conmueve el letrero que indica la dignidad universal de Colegio de Misiones. La hierba del campo no se seca nunca por completo. Es hierba compasiva y humilde de camposanto. Los dos San Franciscos extáticos —el de Ferreyro, el de Asorey— mantienen su eterno diálogo de amor. Les llega, del pardo Pedroso un soplo de áspera soledad, de aquel monte preludio del Alvernia. Toda la grandeza de la ciudad, el impulso hacia la forma suprema de la arquitectura, la piedad de San Pedro de Mesonzo (*sic*), la gloria de Gelmírez, el rumor de río de mil aguas de las Peregrinaciones de santa y pacífica Cruzada pisando las sendas del mundo para postrarse ante el ara de Santiago —y los recuerdos de tantas juventudes como aquí se abrieron al entusiasmo y a la melancolía del vivir y la gracia y dignidad de Compostela, ceden ante el silencio calmo, luminoso, campesino, del pobre campo de los frailes, a los pies de la ciudad, frontera al abandonado cementerio. Aquí San Francisco fundó la primera Casa de su Orden. Su piedad ardiente se plasmó en Regla, su caminar pensó para sus frailes una morada, los caminos de olivos y calcinados campos de Italia, los caminos todos del mundo le trajeron a este cruce en que las rúas se vuelven senderos y la ciudad se desvanece en campiña para que en el corto descanso en la verde Galicia tuviera el consuelo de imaginarse en proyección profética la familia inmensa de su Orden.»

### Los temas. El ciclo del paisaje

Hay un tema fundamental, recurrente, que llega a constituir todo un ciclo en el que convergen otros. Del ciclo temático se desprende el tratamiento de los símbolos por Otero: la aldea, la casa, el cementerio y las campanas, en el ámbito rural. El camino, la concha, el árbol de David y la catedral, en torno a Santiago de Compostela, ombligo de Galicia.

El paisaje de Galicia es para Otero Pedrayo paisaje por antonomasia. Pocas veces cambia su objeto de atención: lo hace, con el nombre de «Luis Peñanofre» (9 y 15) para ocuparse de Castilla, elogiándola a través del paisaje de Burgos y de su símbolo, el Cid; o admirando la belleza de un convento palentino medieval. Con el nombre de «Luis Pax» habla de cómo puede entender un español del norte las torres mudéjares en el paisaje de la España meridional:

«son como mástiles del oriente cristianizado por España y resultan tan españolas como las que brotan de raíces románicas, ojivas o renacentistas».

### El mapa de Galicia y la «geografía poética»

La visión panorámica del paisaje de Galicia la hace Otero mediante la concepción «itinerante» del entramado de las parroquias gallegas. De este modo, al diseñarse el perfil cartográfico de la tierra sobre los enclaves sociales que la Iglesia creó en el pasado, se dibuja con relieves invisibles un mapa espiritual, superpuesto al mapa material:

«Un sutil y sensible tejido nervioso de caminos infinitamente diversificados une a todas las parroquias (...) y sobre el mapa de Galicia bordan con hilos de eterna historia otro mapa sutil, trascendente, espiritual en la cartografía de las parroquias gallegas» (L. Peñanofre, 22).

Se trata, como vemos, de concebir la tierra de Galicia atravesada de múltiples caminos que desembocan, como en una gran plaza, en el mar del Atlántico. Este océano se halla igualmente surcado de rutas marítimas cuyas estelas, obra de portugueses y españoles, no se han borrado todavía. En el puerto, dice «Juan Gallego», «terminan los rieles y se ahogan los caminos». Pero la plaza se abre ahí mismo, y el Atlántico consigue universalizar Galicia, que no termina donde acaba la tierra. Una nueva carta marina esboza Otero, y es innegable que lo hace un tanto ramonianamente:

«Pasearse por el Atlántico es pasearse por la gran plaza a donde afluye la calle en que se nació» (J. Gallego, 29).

Otero Pedrayo repite en *Misión* su peculiar concepción de la ciencia geográfica, en consonancia con su reflexión sobre el paisaje y la técnica cartográfica. La geografía ha sido y es «ciencia desgraciada por su tolerancia con las vulgaridades» y nunca ha intentado altos vuelos, como si su «esencia» no fuera al mismo tiempo «muy física» y «muy metafísica» (L. Peñanofre, 28). Algunos especialistas lo intentaron, y Otero Pedrayo piensa irles a la zaga: Suess, Humboldt, Richtofen, Chateaubriand (con *d*) y Chateaubriant (con *t*).

Si Otero considera que puede hacerse poesía de la Geología (L. Alba, 15) y sabe dibujar el mapa espiritual de Galicia y arrancarle al paisaje toda la elocuencia que se ha venido ignorando durante siglos de arte y ciencia, es porque cree que la geografía

«Ha de ser síntesis y dentro de ella eje y esquema de una percepción del mundo físico con amplias interferencias del mundo del espíritu, y la escala de sus temas correrá desde el problema del origen de las montañas hasta el grado en que el arte es espejo del paisaje(...)» (L. Peñanofre, 28).

### **Paisaje y Literatura. El Virgilianismo**

Ramón Otero Pedrayo quiere traducir el paisaje gallego a un lenguaje virgiliano. Es preciso, dice, dar a conocer las Geórgicas no escritas de Galicia. ¿Quién será el demiurgo que lo haga? Otero deja sugerir esta pregunta en sus escritos al mismo tiempo que éstos encarnan una elocuente respuesta. No en vano indaga como lector en los más logrados intentos de interpretación literaria del paisaje: celebra de su admirado maestro, el vizconde de Chateaubriand, el sentir «a un tiempo virgiliano y pictórico de la naturaleza» (J. Gallego, 15). En cambio, de otros autores, como Horacio, Fray Luis de León y Pope, así como de algunos movimientos literarios revisa su visión del campo, a su juicio siempre insuficiente:

«El campo de la novela naturalista como el de la poesía eglógica son reflejos incompletos de una realidad tan fuertemente humana y tan delicadamente espiritual que sólo el amor armonizado con la visión práctica de las cosas puede con cierto derecho aproximarse a su misterio» (L. Alba, 14).

El clasicismo no escapa, como hemos podido leer, a esta revisión. Ahora bien, Otero Pedrayo, por sus preocupaciones y su labor literaria acerca del

paisaje, se enmarca en una tradición virgilianista derivada del Hesíodo de *Trabajos y Días* y presente en una tendencia de la lírica gallega de la posguerra, cuyo máximo representante es el catedrático de latín y traductor de poetas clásicos, Aquilino Iglesia Alvariño. Comenzó este autor su trayectoria poética antes de la guerra, en una línea, la de la visión virgiliana del paisaje, que se remonta hasta Eduardo Pondal en lo que tiene de panteísmo y ambiente mítico, y pasa por la poesía de Noriega Varela. Este último poeta, junto a Iglesia Alvariño, y algún otro nombre, como los de Crecente Vega y Díaz Castro, han hecho que se hable de un «Neovirgilianismo» en la literatura gallega, en el que indudablemente colabora Otero Pedrayo con sus ensayos y su obra narrativa y lírica. El mismo Otero cita la fuente directa, Virgilio, recordando elogiosamente la edición hecha en 1586 por un discípulo del Brocense, el humanista Juan de Guzmán, catedrático de latín en Pontevedra, que en sus anotaciones a los versos de las *Geórgicas* de Virgilio, deja escapar algunas referencias al paisaje y a su vida en Galicia (L. Monteagudo, 8).

### La percepción del paisaje

El paisaje entra por los ojos, de ahí que no haya nada más estremecedor que un ciego en el campo gallego. El paisaje de Galicia tiene a veces una luz y un color que sólo ha encontrado Otero en la pintura flamenca, italiana o borgoñesa de los siglos XIV y XV: en Giotto, por ejemplo. Ese «color fugitivo como una niebla» (L. Peñanofre, 19) se encuentra también en las arboledas al llegar la primavera. Encuentra Otero ese color hasta en la música y la poesía trovadoresca, pero nunca en el clasicismo.

También se oye el paisaje. En el mundo sensorial oteriano, vista y olfato son los sentidos que mejor perciben un paisaje mecido en la sinfonía cósmica que va marcando armónicamente el paso de las estaciones. La partitura que Galicia ejecuta en esa sinfonía, a falta de un músico humano de la calidad de un Palestrina o un Bach, es básicamente «monástica». Así lo expone «Juan Gallego» en «Canto Coral» (7), al recorrer las distintas voces acordadas, a saber, Osera, Sobrado, Oya y en especial, el monasterio de Armenteira, donde quedó «abolida la tiranía del tiempo en la red musical» del pajarillo del milagro legendario.

El placer que el autor experimenta a través del sentido auditivo, le hace disfrutar de un elemento fundamental en la música, como es el silencio. Si la quintaesencia del sonido, hecho símbolo, es el que producen las campanas de la aldea, también es precioso el silencio de los claustros y otros lugares de la Iglesia. El silencio «bordado de rumores» (L. Alba, 13) de las tierras galle-

gas tiene, pues, orígenes religiosos, y se hace más profundo en el espacio solemne del cementerio. Cuando ese silencio va unido a la noche sin luz eléctrica de la aldea, el paisaje inspira un misterioso respeto que el hombre de la ciudad, por no entenderlo, traduce en miedo. Es el que Otero Pedrayo celebra en artículos como «El silencio fecundo, la soledad acompañada», recreando los famosos versos de San Juan de la Cruz (L. Alba, 12).

### **El Arte, la lección del paisaje y el saber del hombre rústico**

Considerando el arte de la tierra como realización «del aspirar gallego en el tiempo» (J. Gallego, 1), Otero dedica algunas colaboraciones a la creación artística que mejor simboliza Galicia, la catedral, con cinco representaciones emblemáticas que destacan como centros vitales en ese mapa gallego de que hablábamos. En «Cinco rosas místicas, las cinco catedrales gallegas» (J. Gallego, 2), Compostela está representado por el Pórtico; Lugo es el Coro; Orense, el Altar; Tuy, el horizonte; Mondoñedo, la Rosa. Estas líneas dedicadas al arte se cierran con el elogio al Pórtico de la Gloria que Otero Pedrayo oyó a una vieja campesina. La anécdota sirve para entrar en un tema al que Otero Pedrayo da enorme importancia: el saber aldeano frente a lo que, con palabras de Vicente Risco, también divulgador de esta idea, podemos llamar «pseudocultura» del hombre urbano. Este no sólo ignora la cultura del campesino sin libros, sino que lo juzga además incapaz «para elevarse a la contemplación estética de la naturaleza» (J. Gallego, 20), y se equivoca: los labriegos sienten el mundo mitológicamente, según Otero, y disponen, al trasponer el umbral de su casa, de la mejor lección que el paisaje puede ofrecer:

«En la lección del paisaje palpitan la historia y la geografía, la dignidad de la vida y de la obra, y en todo y por encima de todo la huella amante de la mano paterna de Dios» (L. Peñanofre, 4).

### **Alabanza de la aldea**

Otero Pedrayo expresa desde *Misión* una idea de antiguo presente en sus escritos, y de la que participaron otros galleguistas de la «Xeración do 16»: la evolución social, entendida en este caso concreto como «degeneración», ha hecho pasar de mano en mano la propiedad del campo hasta provocar su abandono a la sombra de administradores que lo explotan. Es necesaria aho-

ra más que nunca una «clase directora» que vuelva a la aldea, al paraíso perdido de *A Coutada* de Risco y de tantas novelas de Otero Pedrayo.

Desde estas páginas no se cansa de hacer la alabanza de la aldea y el con-sabido «menosprecio de la corte» o la ciudad. Afirma que no pretende idealizar el tema aldea *versus* ciudad, y reconoce que también es dura la vida en la primera. Pero si de algo no deja de estar completamente seguro es de que, contra el miedo y el desprecio del hombre urbano hacia el campo:

«(...) el aldeano cumple en el mundo una misión y ostenta en la sociedad un perfil de humilde grandeza al que no halla equivalente con facilidad en la urbe» (L. Alba, 12).

### Muerte y religiosidad

Tomando la inmortalidad como premisa indiscutible, «Juan Gallego» (3) reprocha al anónimo autor de un epitafio latino hallado en Mallorca el error de dudar de la inmortalidad del alma. Otero encara la muerte desde su peculiar catolicismo, impregnado del panteísmo del labriego gallego. Así, la muerte en la aldea es la «íntima comunión de la vida del hombre con el paisaje ambiente», y no supone un parón en las labores del campo: «No es el luto en la aldea un paréntesis. Es una esforzada colaboración con el desaparecido.» (J. Gallego, 3).

La aldea se sobrepone pronto, pero recuerda. Y guarda a sus muertos muy cerca, en el cementerio unido a la iglesia, de modo que la parroquia posee «el anejo siempre acrecido de la feligresía de los muertos» (L. Peñanofre, 17). Otero sostiene, en su consideración más metafísica que religiosa del cementerio, que los muertos son futuro, y no pasado. El cementerio es, más que destino, una puerta. De hecho, el origen de la Iglesia es «una tumba única, la sola tumba vacía de la historia».

Hay artículos motivados por las celebraciones religiosas oficiales, a las que *Misión* se suma, como el Año Santo Compostelano, la Pasión o el Corpus Christi, en los que, lejos de mostrar Otero Pedrayo una actitud ortodoxa y oficial, de «puertas afuera», construye en torno al sentir católico todo un mundo mítico en contacto con la vida en la naturaleza. Así, al conmemorar la Semana Santa, habla de cómo «El estallido de la vida se quiebra y aplaca en la dramaturgia de la Semana Santa de Pasión». Lo hace en un artículo sin firma (anónimo, 1), quizás porque abre la entrega como un trabajo propio de la Redacción, quizás porque contiene alusiones bastante directas a la guerra de España. El mismo anonimato acompaña al dedicado al Corpus,

donde ya al comenzar se reconoce el estilo oteriano: «El mundo debe ostentar su máxima belleza en la luz del día de Corpus y debe también avergonzarse de ella» (anónimo, 2).

El resto de los trabajos de tema religioso se pueden agrupar de esta manera: por un lado, aquéllos en los que Otero Pedrayo confirma su apoyo a la Iglesia oficial, y colabora en la consolidación de lo que se ha llamado «nacional-catolicismo», sosteniendo las ideas siguientes:

1. La unidad nacional es fruto de la unidad religiosa (J. Aldea, 1)
2. El reconocimiento de la gran obra del Catolicismo en América (L. Monteagudo, 7).
3. Consideración del Catolicismo como arma de salvación ante el mal (J. Gallego, 27).

El otro grupo lo forman trabajos que hablan de una religiosidad menos oficial y más íntima, a la vez que heterodoxa <sup>1</sup>. En lo personal, Otero defiende, por ejemplo, la lectura del Evangelio como medida de prevención ante el mal. Y aprende en este sentido del vivir campesino, al observar cómo el labriego, deteniendo su labor a la hora del Angelus, expresa su obediencia al espíritu evangélico (L. Peñanofre, 3). En Galicia, como en la Irlanda católica, el espíritu evangélico se funde con el especial panteísmo del celta primitivo (J. Gallego, 7), tendencia religiosa que se manifiesta en la vivencia de la muerte en la aldea.

Otero Pedrayo mantiene en lo básico la oposición entre Clasicismo y Celtismo, cuya fusión superadora fue realizada por la Iglesia. La Roma medieval, con el «Dies Irae», Santo Tomás y las flores de San Francisco de Asís, es el crisol donde se lleva a cabo esta síntesis magnífica (A. Monteagudo, 9). El Celtismo resolvió en la cultura medieval la gran carencia clásica: Roma ordenó ciudades, pero no supo crear la aldea (L. Alba, 5). La disposición religiosa del celta primitivo le abre las puertas de la religión cristiana frente al paganismo clásico: El armoricano Tulio, el bretón Chateaubriand y la verde y católica Irlanda son los mejores frutos ofrecidos por esa especial sensibilidad religiosa.

Esa es la razón por la que la semilla de San Francisco de Asís germinara fácilmente en tierras célticas (J. Gallego, 25). Otero Pedrayo muestra una especial predilección por este santo y su huella: la filosofía franciscana y la orden de los frailes menores, nacida del amor a la humildad y a la naturaleza. Con motivo de la fiesta dedicada al santo el cuatro de octubre escribe «Luis

<sup>10</sup> Se pueden ver sus ideas religiosas de esta época en Victorino Pérez Prieto, *A Xeración «Nós» (Galeguismo a relixión)*, «Agra aberta», 4, Galaxia, Vigo, 1988.

Peñanofre» (30) sobre la corriente franciscana perceptible en el arte desde la pintura de Giotto. El redescubrimiento moderno de esta pintura lo llevó a cabo Ruskin, mientras que Ozanam se dedicó a la poesía franciscana. En Galicia se puede considerar en esta misma línea estética a Emilia Pardo Bazán por un libro, *San Francisco de Asís* (1882), fruto de sus visitas frecuentes, durante una crisis de misticismo, al templo franciscano de Santiago de Compostela, e inspirado en la obra de F. de Ozanam.

### Las figuras humanas

Otero Pedrayo elogia en sus colaboraciones a figuras tomadas de la historia del Cristianismo, como San Agustín o el mismo San Francisco de Asís, y sin abandonar la historia cultural cristiana, escoge otros nombres admirados del Romanticismo del siglo XIX. No le importaba repetir una y otra vez, por ejemplo, que se confesaba admirador (e imitador, es evidente) de la prosa del vizconde Chateaubriand:

«(...) el creador de la prosa moderna francesa, con su período tendido y curvado como las ondas» (J. Gallego, 13).

Gabriel D'Annunzio muere en 1938 y Otero Pedrayo le homenajea (L. Peñanofre, 18) recordándolo como un maestro literario de juventud, cuando los de su grupo generacional hablaban de Flaubert, Wilde, Valle Inclán y Verlaine, vivían del ambiente estético del Fin de Siglo y comenzaban a participar en las Vanguardias. A España, a Orense, no llegaba todo de él: se leían sus grandes novelas, influidas por la «terrible soledad» de Nietzsche. Pasó de moda el italiano, hasta que estalló la Primera Guerra Mundial. Ya viejo, «descubrió el estilo marcial de la proclama concisa y arrebatadora». Pero lo mejor, a juicio de Otero, fue que encontró «el camino de la muerte cristiana». El D'Annunzio iconoclasta de su añorada juventud sigue siendo, como puede observarse, digno de admiración en su elección fascista coronada de catolicismo.

Nombres gallegos a quienes dedica artículos son los de Antonio López Ferreiro y Xosé Lesta Meis. Al primero lo llama afectuosamente «doctor laborioso o doctor jacobeo», ensalzando su trabajo como erudito compostelano, y sólo de pasada, su mérito como novelista en gallego (L. Alba, 4). Al escritor de la emigración, por el que sintió una sincera y entrañable amistad, le dedica un comentario sobre el libro *Abellas de ouro*, semiolvidado en la época en que Otero escribe estas líneas. Del libro, publicado tan sólo ocho años

antes, pero ya muy lejano por culpa de la guerra, parte Otero Pedrayo como pretexto para hablar de las mujeres gallegas y añadir algún retrato más a los de la galería de Lesta Meis: la señora Clara, la viuda Balbina. (S. Amaral, 8).

Por último, de una lápida olvidada, esa sí del todo, rescata el nombre de Fernando Fulgusio, un autor gallego romántico, que en su novela *Alfonso* trató el tema tan apreciado por Otero, del choque entre el campo y la ciudad.

Otras figuras humanas se deslizan en las citas, siempre comedidas, de sus trabajos: Virgilio, Horacio, Santo Tomás, Luis Vives, Fray Luis de León, Cervantes, Camoens, Gautier, La Pardo Bazán, Zorrilla, Clarín, Eça de Queiroz, Antero de Quental, Teixeira de Pascoaes, Paul Valéry, ...

### **Temas mundanos. El contexto de la Guerra de España**

Otero Pedrayo habla sobre temas más cotidianos, aunque nunca salen de lo que constituyó su trabajo: los libros, el quehacer del novelista, la educación. Aunque de la enseñanza es retirado Otero forzosamente, no hay acritud en sus comentarios. Al contrario: se une con entusiasmo al seguimiento que *Misión* hace de los proyectos del nuevo régimen en materia de educación. Otero, que se espanta de aquellas situaciones terribles de contraste entre ocio y labor, como el caso de Bécquer, o de Vicetto, funcionario de prisiones, cree en el placer de enseñar (A. Monteagudo, 17) y en la suerte de ser maestro. «José Alba» comenta las excelencias de la educación clásica a propósito de la reforma de la enseñanza preuniversitaria del año 38. Confía en que esa reforma sea «medida y resuelta oportunamente por el nuevo Estado». Menciona como modelo digno de ser imitado el italiano y habla de tres razones a favor de la enseñanza de la cultura clásica:

«Forman un alto estilo, conservan el ímpetu de la juventud, libertan un poco de la pesadumbre del tiempo ambiente» (J. Alba, 3).

Son pocas las referencias de Otero Pedrayo a la Guerra Civil, como ya apuntábamos al principio. Ningún artículo la tiene como tema central. Sólo encontramos alusiones, que se pueden ir recogiendo para formar la imagen que Otero transmite de la Guerra por la que en esos momentos se está pasando.

Hay dos obsesiones que aparecen como causa de una guerra que Otero llama «de Reconquista» (J. Monteagudo, 1), Rusia y el laicismo. «Juan Gallego» (16) repasa los tres momentos cruciales de la Historia, en que Europa tiene que hacer frente al enemigo, entendido como barbarie: el paso del Rin por Julio César, la coronación de Carlomagno como emperador y la expan-

sión cristiana hacia el Este, momento que no ha terminado aún, ya que hoy «renace el peligro oriental con la Rusia de aspiración universal bajo un terrible signo negativo». *La Rusia de Lenin aparece ensombreciendo al mundo* (L. Peñanofre, 16), y por tanto, han de fortalecerse las fronteras del Catolicismo «ante la tremenda conjuración de todas las energías del mal que representa la Rusia ambiciosa» (J. Gallego, 27).

Entre otras cosas, de Rusia viene soplando el «cierzo laicista» (J. Gallego, 2). Afortunadamente, los pasos dados por una legislación laicista que, por ejemplo, declaró el cementerio «res nullius», pudieron atajarse a tiempo, reponiendo la cruz en los camposantos (L. Peñanofre, 17). Igualmente pudieron dejar de temerse decretos tan horripilantes, a juicio de Otero, como el que mandó silenciar las campanas de las iglesias. Este hecho traumático para el autor, aparece en varios de sus artículos, algunos de ellos narrativo:

«Se han visto calladas por un decreto de monterilla laico las viejas campanas de las parroquias» (L. Peñanofre, 7). «Tuvo un gran dolor, quizá el más grande de su vida, cuando un alcalde socialista que no sabía con qué luna se deben cortar las mimbres, prohibió el toque de campanas» (L. Peñanofre, 1).

En el diario *La Región* (5 de julio de 1936) dimos casualmente con el suceso que Otero Pedrayo magnifica y empaña con tintes siniestros, puesto que supuso para él el intento de destrucción de un símbolo sagrado. El periódico comunica que en Viana del Bollo (*sic*) la corporación municipal acuerda el día 20 (es de suponer que del mes de junio), en relación con el toque de campanas:

«1.º, comunicar a los señores curas párrocos del término municipal que no podrán hacer uso de las campanas hasta las nueve de la mañana. 2.º, requerir a dichos señores curas para que manifiesten el número de veces que han de tocarse las campanas por día para someterlas al pago del impuesto correspondiente»<sup>11</sup>.

El decreto de silencio «campanil» es, pues, un mito de guerra como tantos otros, fomentado en este caso por Otero Pedrayo: habría que comprobar también qué base real hay en lo que cuenta en «El dolor de las frondas madrileñas» (L. Peñanofre, 10). Otero recuerda su Madrid de juventud y deplora la destrucción por las autoridades marxistas y las «prosaicas maneras laicas» de la arboleda madrileña, citando algunas calles, como la de Amaniel. «¿Será posible —se pregunta— que todo haya desaparecido como un sueño?» A la vista de lo que talaron después los alcaldes del Régimen, y de lo que hi-

<sup>11</sup> Anónimo, «Temas Orensanos», *La Región*, núm. 6.956, 5 de julio de 1936, p. 1.

cieron en materia de devastación urbanística en los aledaños de esa misma calle de Amaniel, que sea cierta la anécdota o no, llega a carecer de importancia.

El mito del Madrid rojo toma cuerpo también en el artículo sobre Armando Palacio Valdés (L. Alba, 6). Vemos en él recluido al escritor octogenario, como un personaje noble de *Historia de dos ciudades* de Dickens en el París de la guillotina, horrorizado por el «ambiente epiléptico del marxismo sin cortapisas», y obligado a «sentir el aire de la calle rasgado por la blasfemia, ver temblar los reflejos del incendio en los vidrios del despacho».

El 1 de abril de 1938 Otero hace recuento de lo sucedido en la guerra al dedicar un artículo ya comentado a la Semana Santa. Alude en él a los casi dos años de Pasión para muchos cristianos, y en concreto recuerda a los sacerdotes que fueron inmolados. En el número anterior (L. Monteagudo, 6) hablaba de Galicia en una tarde de domingo, admirándose de su hermosa «paz religiosa» en estos días de guerra.

¿Qué piensa Otero de Galicia como nación? Los días de nacionalismo han desaparecido violentamente, y en su lugar, hay nuevos y trascendentales tiempos en los que los modelos son claros: Italia y Portugal, cuyas políticas culturales alaba (J. Alba, 3 y L. Peñanofre, 14). Su concepto de nacionalidad ha cambiado, al menos durante esos años de guerra. Él, como integrante de la Nueva España, identifica unidad religiosa con unidad nacional, y no parece que esté pensando ahora en la patria universal de los católicos, sino en la de los españoles:

«Nuestra Historia empieza precisamente a partir de aquel día. No fuimos pueblo ni nación hasta aquel momento, y desde aquel momento fuimoslo todo. Mil pueblos distantes y encontrados, tantas castas y linajes distintos hasta aquel día, ya nunca dejaron de ser un solo pueblo y una sola historia, y eso por la unidad religiosa; porque todos los españoles creímos a partir de aquel suceso memorable en lo mismo de siempre» (J. Aldea, 1).

### Los artículos narrativos <sup>12</sup>

Este grupo de colaboraciones tiene un enorme interés para el estudio de la obra narrativa de Ramón Otero Pedrayo, porque ofrece un innegable paralelismo con sus relatos cortos tipo retrato o escena. De hecho, gran parte de estos relatos fueron extraídos cuando se editaron, ya en época tardía, de las

<sup>12</sup> En el catálogo final, los artículos narrativos, en sus tres grados, están señalados con un asterisco.

publicaciones periódicas en que Otero participó <sup>13</sup>. En *Misión* puede verse el inicio de su obra narrativa en castellano, que no desmerece en absoluto la gallega y que sirvió para enriquecer con su maestría verbal el idioma al que tuvo que atenerse cuando el gallego le quedó vedado. En esta primera fase de la revista hay dieciocho artículos narrativos, cuentos puros la mayor parte de ellos. En fases posteriores esos cuentos se harán más frecuentes y desde noviembre de 1939 contarán con un apartado propio en la revista: «Cuentos de *Misión*».

Hay tres grados diferenciables en estas muestras narrativas que Otero Pedrayo dejó durante los años de la guerra en *Misión*:

A) La biografía «novelada», practicada en la serie «Esbozos de escritores católicos» y en algún otro artículo, como «La cárcel de Camilo» y «A la luna de Toledo». En este último cuenta la llegada de Valeriano Bécquer a Toledo, ciudad en la que, durante un paseo nocturno, se topa con fantasmas propiciados por la luna, en una recreación del ambiente de las leyendas de su hermano el poeta:

«—Oh, si estuviera aquí mi hermano» pensaba el artista recordando la musa plástica de huidas y evocaciones de Gustavo Adolfo, «pues el lápiz no puede aprisionar un momento del perfil y el acento de las sombras!

Volvió el artista a caminar lentamente por la ciudad transfigurada por la luna. Una turba de ilustres o enamorados fantasmas poblaba el albo silencio de las calles, de las plazas, de los minaretes, de las ojivas, de los bastiones. La melopea oriental del lamento de alguien eclipsado a la sombra de Santa María la Blanca decía: «Arrancado y arrojado de la querida roca de Toledo ando errante por muros extraños (...)» (A. Monteagudo, 16).

B) El cuento como pretexto para el ensayo discursivo:

Hay ocasiones en que Otero Pedrayo comienza un relato y de pronto da un giro al tipo de escrito, convirtiéndolo en un artículo discursivo. Con esta presentación narrativa expone en *Misión* la teoría de la necesidad de un modo de «Doctrinal de caballeros», que sirva para orientar la conducta del hidalgo, en este momento histórico de retorno a la campiña:

«La hidalguía en la aldea (...) impone una especie de carácter directivo, conciliador, ni indiferente a lo pequeño, ni extraño a lo considerable» («El hidalgo en la aldea», S. Amaral, 9).

<sup>13</sup> Ya Vicente Risco, al reseñar la primera edición de *Entre a vendimia e a castañeira*, aludía a otros relatos de Otero Pedrayo publicados en la prensa y que convendría recoger: «En medio de la semana», *La Región*, núm. 14.650, Orense, 14-III-1957.

En otro momento sigue de cerca el trabajo de un labrador gallego a lo largo de las estaciones, para, enhebrando sentencias en presente atemporal en el relato, ensayar la redacción de esas ansiadas *Geórgicas* gallegas:

«Los campesinos viejos aman al centeno grave, sufridor, buen amigo y provechoso fruto. Lo aman con ternura en cierto modo religiosa como a cosecha antigua obscuramente pero con certidumbre unida en su simbolismo con los orígenes de la raza y los afanes de los antepasados. De aquí que les entristezca como una alteración en el curso de leyes seculares el fracaso de la cosecha de centeno. Sufrió el señor Payo por junio (...)» («Fortaleza», J. Gallego, 30).

### C) El cuento puro.

Se inician algunos con una pequeña introducción del autor implícito sobre asuntos metaliterarios que atañen al tipo de historia, a la clase de personaje, al título, o a la relación pirandelliano-unamuniana entre autor y personaje.

Otros se abren «in media res», con un diálogo cuyos comienzos desconocemos («Viejos al sol: Don Juan y Don Ramón»), o con una exclamación del personaje («La jaula en el parral»), luego aclarada con la narración de sus desdichas.

Todos estos, en suma, son relatos sobre un personaje, del que se nos ofrece un cuadro escénico en un momento crucial de su vida. Estos personajes, únicos protagonistas de las historias, se relacionan siempre con la aldea (excepto en el único relato ambientado en el pasado clásico: «Sofrón, el pitagórico») y responden a los siguientes arquetipos:

- El patriarca de la comunidad («Patriarcas de otro tiempo»).
- El hidalgo («El hidalgo en la aldea»).
- El viejo («La presencia impalpable». «La jaula en el parral», «Viejos al sol: D. Juan y D. Ramón», «Fortaleza»).
- El párroco o el abad («Crepúsculo», «Una frase de San Agustín»).
- El ciego («Cuando sea de noche»).
- El joven que deja la aldea y fracasa en la ciudad («Mariposa parlamentaria», «El hombre y sus fantasmas», «Aventuras del licenciado Chinchilla»).

El mensaje que subyace en todos los cuentos de modo persistente es la confrontación entre el pasado que se recuerda y el momento presente. Su huella puede verse en el «tempo» narrativo:

Hay prolepsis o anticipación narrativa en «La jaula en el parral».

Se cuenta en un párrafo toda la historia, a modo de introducción, y luego se repasa demoradamente para reiterar sus aspectos más negativos, en

«Aventuras del licenciado Chinchilla». Pero lo más significativo es la alterancia del presente triste y el recuerdo alegre, que se entrecruzan en una vivencia temporal del personaje típicamente bergsoniana <sup>14</sup>, en «Viejos al sol, ...».

El realismo que pueda haber en estos relatos, atendiendo ahora al código de la recepción literaria, se difumina por esa presencia constante del tiempo pasado y almacenado tanto en la conciencia del personaje como en la disposición del tiempo de la narración. A veces hasta queda anulado por elementos fantásticos, como los ya mencionados de «A la luna de Toledo» o los de «La presencia impalpable», en que el mar se lleva a la hija del protagonista y la devuelve muchos años después en forma de espectro que deja una señal sobre la ceniza del fogón apagado.

Hay cuentos naturalistas, de tono desabrido y personajes y sucesos desagradables, que contienen —justo en contra de los presupuestos del Naturalismo, pero al estilo de la versión cristianizada de la Pardo Bazán— el mensaje de la religión como último refugio. Esa misma intención moralizante se puede ver, desplegada ahora con dulzura y lirismo, en «Cuando sea de noche», cuento ejemplar que incita a la resignación cristiana.

El elemento lírico, normalmente ligado a la descripción, invade todos los relatos. La naturaleza es descrita al hilo de un paseo o a partir de una mirada. Y, como en el tópico clásico, según sea el estado de ánimo del personaje, se hace su cómplice o enemiga.

La lengua literaria de Otero, dominada por ese lirismo, logra bellas imágenes a través de originales metáforas, que dan lugar a expresiones de indudable vanguardismo literario, sin olvidar la tradición modernista de estas incursiones de la poesía lírica en la prosa:

«—(...) el viejo miraba el mar roto por las zarpas de los cabos(...)» (L. Peñafre, 3).

— «(...) rasgaba las primeras nieblas la hoz silenciosa de un faro» (*Ibidem*).

— «Fuera aún palpitaba el pecho de paloma herida de la tarde sobre la luz de las fuentes» (S. Amaral, 9).

— «La ciudad muerde con dientes de almenas la carne oscura y palpitante de la noche muy alta» (A. Monteagudo, 12).

— «El espectro de la luna se ahogaba en la copa triunfante del día» (*Ibidem*).

<sup>14</sup> Sobre la influencia de H. Bergson en Otero, vid. Anxo Tarrío Varela, «Otero Pedrayo e a renovación da novela no século XX», *Revista de Filología Románica*, núm. 6, UCM, Madrid, 1989.

### Relaciones entre el trabajo de Otero Pedrayo y el de Vicente Risco en *Misión*

Vicente Risco da cuerpo a la revista *Misión* como lo hace Otero, pero cultivando un tipo de lenguaje y unos asuntos muy diferentes en principio. Hay algunos artículos anónimos de inequívoca paternidad risquiana: los que comentan escritos del cardenal Gomá, el Papa, o la «Carta colectiva de los Obispos españoles a los de todo el mundo sobre la guerra de España», reproducida como suplemento de *Misión* en el verano de 1937; y la reseña de la exposición internacional de Arte Sacro en Vitoria, de octubre de 1938, organizada por iniciativa del que fue Jefe del Servicio Nacional de Bellas Artes, Eugenio D'Ors, que formará parte de la Redacción de esta revista en su segunda fase (en Pamplona).

Ahora bien, lo normal es que firme con su nombre completo, o con las iniciales «V. R.» o «V. M. R. A.», porque su entrega fue total a la causa golpista y necesita dar muestra de ello mucho más que Otero. Risco estaba deseoso de forjarse un historial periodístico fascista con el que superar las reticencias que las nuevas autoridades pudieran mostrar ante su pasado.

En sus artículos se despacha contra la «filosofía» de la Revolución, contra Maritain (al que también se dedica a atacar en un artículo sin firmar, «Maritain y la filantropía») <sup>15</sup>, la Democracia, y a favor de la «dignidad de los cristianos», el pueblo frente a la masa, la autoridad y la fuerza. Son célebres sus series publicadas a lo largo de 1938: «Ensayos sobre el Marxismo» (8 entregas), «Oswald Spengler y la actualidad» (6 entregas) y «Estudios sobre el judaísmo» (2 entregas).

Vicente Risco también hace uso de un seudónimo, «F. Von Hinterburg» (o «F. Von H.»), con el que firma artículos más breves y más violentos en cuanto al estilo y las invectivas políticas, muy cercanas ahora al nazismo: la desigualdad de las razas y el antisemitismo, la Masonería, el diablo, y la tolerancia predicada por el revolucionario. Con este seudónimo firma, a lo largo del año 38, una sección de glosas que lleva el nombre de «Nótulas». Como se puede comprobar, practica dos estilos periodísticos que había hecho suyos desde los años de *Nós* y *A Nosa Terra*: la glosa d'orsiana y el ensayo profesoral y didáctico normalmente difundido en esas series citadas, o en los «suplementos» de la revista, sobre temas de Filosofía de la Historia, doctrina política, o comentarios a las reformas legislativas del nuevo poder.

<sup>15</sup> *Vid.* al respecto Antón Capelan, «Un aspecto da propaganda franquista: Vicente Risco contra Jacques Maritain», en «Vicente Risco: Arredor de nós», *A Nosa Terra*, Galiza, decembro 1993, pp. 36-53.

Es interesante, para conocer las fuentes en que Risco alimenta su remozada ideología, haciéndose partícipe de la cimentación ideológica del Régimen, un artículo de «F. Von H.» titulado «Libros de doctrina política». En él se recuerda la revista *Acción Española*, de donde saldría *El Estado Nuevo* de Víctor Pradera, y la última edición de *Defensa de la Hispanidad*, de Ramiro de Maeztu. Se cita también a Eugenio Vegas Latapié, por su libro *Romanticismo y Democracia*, nutrido de fuentes francesas: Maurras, Laserre, Seilliere, Viatte, Bourges; a José Antonio Primo de Rivera, cuyos *Discursos* fueron, dice Risco, malinterpretados a veces. Y, por último, a Francisco Elías de Tejada, con sus *Notas para una teoría de Estado según nuestros autores clásicos (siglos XVI-XVII)*.

Las diferencias con el trabajo de Otero Pedrayo son enormes, enfrascado este último en su filosofía del paisaje. Pero hay momentos en que Risco le contagia asuntos y tipos de artículo: la teoría que elabora Otero acerca de los tres momentos cruciales en la historia de Europa en lucha contra la barbarie (J. Gallego, 16) es compartida, si no tomada, por Risco, que años más tarde, finalizada la 2.<sup>a</sup> Guerra Mundial, publicará en esta misma revista una serie interesantísima de artículos sobre la teoría de Europa.

Otero Pedrayo menciona al diablo en el mismo sentido en que lo hace Risco: al hablar de que los «aparentes fracasos de la civilización» (L. Peñanfre, 7) no han conseguido llegar hasta la aldea. Otros temas risquianos son el de la «dignidad de los cristianos» basada en su intransigencia e intolerancia, al que «Luis Peñanfre» alude al tratar la amenaza comunista en la aldea liberada; y el de la pseudocultura ya mencionada del «homo urbanus».

Otero Pedrayo ejercita el artículo-glosa en su sección «Motivos», que, como ya dijimos, inicia en diciembre de 1938. Es más prolijo que Risco, pero el estilo tendente a la concisión y la técnica fragmentaria son los mismos que los de «Nótulas», salvando, claro está, el tema y el tono. También es verdad que Vicente Risco, casi diez años después y desde esta revista, da a conocer una serie de artículos, con el nombre de «Escritores católicos modernos y contemporáneos», que repite lo que ya había hecho Otero Pedrayo en «Esbozos de escritores católicos», de 1938.

## CONCLUSIONES

El trabajo de Otero Pedrayo durante estos años en *Misión* no ofrece novedades importantes con respecto a los temas, estilos y técnica de colaboración periodística que había practicado en décadas anteriores. El empleo forzoso del idioma castellano, el silencio del nacionalismo político gallego y las

referencias, esporádicas, a la Guerra Civil y el «nuevo Estado», se justifican por el contexto bélico en que esta publicación se desenvuelve (si pasamos por encima de cosas más «injustificables», como el nuevo concepto de «nación española» basado en la unidad religiosa). Lo más llamativo es el uso del pseudónimo y la profusión de colaboraciones con que el autor orensano inunda, acompañado de Vicente Risco, una revista que, con todo lo que supone, es obra casi exclusiva de ambos autores. A los dos debe el haber superado la vulgaridad ideológica y flojedad literaria a la que estaba destinada.

El presente trabajo no se ocupa más que de una pequeña muestra de la ingente producción oteriana en la prensa a partir de la guerra, pero espera no quedarse ahí: puede servir de inicio de una investigación abierta hacia múltiples publicaciones periódicas en las que Otero Pedrayo dejó oír su voz y que de ninguna manera pueden quedarse en el olvido. En el olvido estaban, ya casi, algunos de sus pseudónimos, y quién sabe si muchos otros. Sólo algunos nombres pudieran rescatar algo del naufragio de su memoria: José Filgueira Valverde, Dionisio Gamallo Fierros, Manuel Cerezales, «Borobó», si tuvieran paciencia para acudir a tales requerimientos. Mientras tanto, vaya esta pequeña aportación : pequeña y no exhaustiva, por el hecho de partir sólo de los fondos de la Hemeroteca de Madrid, cuantiosos pero incompletos.

### CATÁLOGO

—LUIS PEÑANOFRE

- 1) «Patriarcas de otro tiempo», núm. 4, 1-IV-1937.
- 2) «Cinco rosas místicas: las cinco catedrales gallegas», núm. 5, 15-IV-1937.
- 3) «La ronda de las horas», núm. 6, 1-V-1937.
- 4) «La lección del paisaje», núm. 7, 15-V-1937.
- 5) «Crepúsculo», núm. 9, 15-VI-1937.
- 6) «Temas del Año Santo. El árbol de David», núm. 10, 1-VI-1937.
- 7) «La aldea recobrada», núm. 12, 15-VIII-1937.
- 8) «Pater amabilis», núm. 18, 1-XI-1937.
- 9) «El cerro del castillo», núm. 19, 15-XI-1937.
- 10) «El dolor de las frondas madrileñas», núm. 20, 1-XII-37.
- 11) «Recuerdo de la vieja ópera», núm. 21, 15-XII-1937.
- 12) «Año nuevo en la aldea», núm. 22, 1-I-1938.
- 13) «La presencia impalpable», núm. 22, 1-I-1938.\*
- 14) «Un concurso interesante», núm. 23, 15-I-1938.
- 15) «Un regidor de Toledo», núm. 24, 1-II-1938.
- 16) «Fragilidad y fortaleza», núm. 25, 15-II-1938.

- 17) «El cementerio redimido», núm. 26, 1-III-1938.
- 18) «Gabriel D'Annunzio», núm. 27, 15-III-1938.
- 19) «Las frondas vaporosas», núm. 28, 1-IV-1938.
- 20) «El patio de las escuelas», núm. 29, 15-IV-1938.
- 21) «Sofrón el Pitagórico», núm. 30, 1-V-1938.\*
- 22) «La visión de las parroquias gallegas», núm. 31, 15-V-1938.
- 23) «La catedral», núm. 33, 15-VI-1938.
- 24) «La lección de la historia», núm. 34, 1-VII-1938.
- 25) «Mercado español», núm. 35, 15-VII-1938.
- 26) «El escenario trágico», núm. 36, 1-VIII-1938.
- 27) «Lluvia en el puerto», núm. 37, 15-VIII-1938.
- 28) «Rumbos y pensamientos sobre posibles rumbos», núm. 38, 1-IX-1938.
- 29) «En el tiempo dorado de las vendimias», núm. 39, 15-IX-1938.
- 30) «En la fiesta de San Francisco», núm. 40, 1-X-1938.
- 31) «Falta una estrofa al noble canto», núm. 41, 15-X-1938.
- 32) «La cárcel de Camilo», núm. 43, 15-XI-1938.\*

#### —JUAN GALLEGO

- 1) «El arte sin nombre», núm. 4, 1-IV-1937.
- 2) «Camino de San Benito de Coba de Lobo», núm. 5, 15-IV-1937.
- 3) «Campanas de paz», núm. 6, 1-V-1937.
- 4) «El retorno a la campiña», núm. 7, 15-V-1937.
- 5) «Faros en la noche», núm. 8, 1-VI-1937.
- 6) «Temas del Año Santo. La concha y la onda», núm. 9, 15-VI-1937.
- 7) «Canto Coral», núm. 10, 1-VII-1937.
- 8) «Temas del Año Santo», núm. 11, 15-VII-1937.
- 9) «Qui terra fruge creatis et igne ac fumo crematus», núm. 17, 15-X-1937.
- 10) «Lápidas olvidadas: Fernando Fulgusio, 1873», núm. 19, 15-XI-1937.
- 11) «Elogio del blanco lino», núm. 20, 1-XII-1937.
- 12) «Al final del jubileo», núm. 21, 15-XII-1937.
- 13) «Esbozo de grandes escritores católicos. Chateaubriand (II)», núm. 23, 15-I-1938.\*
- 14) «Esbozos de grandes escritores católicos. Chateaubriand (II)», núm. 24, 1-II-1938.\*
- 15) «Esbozos de grandes escritores católicos. Chateaubriand (III)», núm. 25, 15-II-1938.\*
- 16) «Tres momentos de Europa», núm. 26, 1-III-1938.
- 17) «La feria», núm. 27, 15-III-1938.
- 18) «Una frase de San Agustín», núm. 28, 1-IV-1938.\*
- 19) «Viejos al sol: D. Juan y D. Ramón», núm. 29, 15-IV-1938.\*
- 20) «El viejo labriego mira su paisaje», núm. 30, 1-V-1938.

- 21) «Un capitular de la antigua Compostela», núm. 31, 15-V-1938.
- 22) «Esbozo de grandes escritores católicos: Federico de Ozanam (I-II)», núm. 32, 1-VI-1938.\*
- 23) «Esbozo de grandes escritores católicos: Federico de Ozanam (III-IV)», núm. 33, 15-VI-1938.\*
- 24) «Esbozo de grandes escritores católicos. Federico de Ozanam (IV-V)», núm. 34, 1-VII-1938.\*
- 25) «Los templos franciscanos en Galicia», núm. 35, 15-VII-1938.
- 26) «El amante de los mirtos elegíacos», núm. 36, 1-VIII-1938.
- 27) «Las fronteras del Catolicismo», núm. 37, 15-VIII-1938.
- 28) «Fiesta de San Agustín, doctor», núm. 38, 1-IX-1938.
- 29) «Nuestros vecinos los pueblos atlánticos», núm. 40, 1-X-1938.
- 30) «Fortaleza», núm. 42, 1-XI-1938.\*

—JOSÉ ALBA

- 1) «El diálogo de las campanas», núm. 20, 1-XII-1937.
- 2) «El baño de Escipión», núm. 21, 15-XII-1937.
- 3) «Sobre las excelencias de la educación clásica», núm. 22, 1-I-1938.

—LUIS ALBA

- 4) «Recuerdo del doctor laborioso: López Ferreiro», núm. 23, 15-I-1938.
- 5) «Las rosas de San Benito», núm. 24, 1-II-1938.
- 6) «La última conversación del novelista», núm. 25, 15-II-1938.\*
- 7) «Mariposa parlamentaria», núm. 26, 1-III-1938.\*
- 8) «Un gran maestro del Renacimiento: Victorino Feltre», núm. 28, 1-IV-1938.
- 9) «Las alas de la inmortalidad», núm. 29, 15-IV-1938.
- 10) «Los momentos de holganza», núm. 30, 1-V-1938.
- 11) «Libros y conferencias», núm. 36, 1-VIII-1938.
- 12) «El silencio fecundo, la soledad acompañada», núm. 38, 1-IX-1938.
- 13) «La escuela del silencio», núm. 39, 15-IX-1938.
- 14) «El concepto lírico y el concepto trágico de la vida del campo», núm. 40, 1-X-1938.
- 15) «También el poema en la Geología», núm. 41, 15-X-1938.
- 16) «El bosque cristianizado», núm. 42, 1-XI-1938.
- 17) «Un amigo fiel para toda la vida», núm. 43, 15-XI-1938.
- 18) «La Décima Sinfonía», núm. 44, 1-XII-1938.

–JOSÉ MONTEAGUDO

- 1) «La Atlántida del maestro Falla», núm. 23, 15-I-1938.
- 2) «La jaula en el parral», núm. 24, 1-II-1938.\*
- 3) «Las rutas inmortales», núm. 28, 1-IV-1938.

–LUIS MONTEAGUDO

- 4) «La belleza de los trabajos humildes», núm. 25, 15-II-1938.
- 5) «El hombre y sus fantasmas», núm. 26, 1-III-1938.\*
- 6) «La tarde del domingo», núm. 27, 15-III-1938.
- 7) «América, futuro y campo de batalla», núm. 38, 1-IX-1938.
- 8) «Recuerdo de un viejo libro», núm. 42, 1-XI-1938.

–ANTONIO MONTEAGUDO

- 9) «La belleza ecuménica de la Roma medieval», núm. 30, 1-V-1938.
- 10) «La ética de las eras», núm. 32, 1-VI-1938.
- 11) «El tiempo de las cerezas», núm. 33, 15-VI-1938.
- 12) «Una hora de Compostela», núm. 34, 1-VII-1938.
- 13) «La visión del ventisquero», núm. 35, 15-VII-1938.
- 14) «El novelista ante las cuartillas», núm. 39, 15-IX-1938.
- 15) «Sobre un aspecto esencial de la economía gallega», núm. 40, 1-X-1938.
- 16) «A la luna de Toledo», núm. 43, 15-XI-1938.\*
- 17) «El placer de enseñar», núm. 44, 1-XII-1938.

–SANTIAGO AMARAL

- 1) «El mirlo en la alborada», núm. 30, 1-V-1938.
- 2) «Formas de egolatría», núm. 31, 15-V-1938.
- 3) «Cuando sea de noche», núm. 32, 1-VI-1938.\*
- 4) «Fantasías de la luna», núm. 33, 15-VI-1938.
- 5) «Los confines del mundo católico», núm. 34, 1-VII-1938.
- 6) «El pseudo-culto ante la vida», núm. 35, 15-VII-1938.
- 7) «Las tardes en la aldea. Bodega y taberna», núm. 36, 1-VIII, 1938.
- 8) «A propósito de un libro casi ignorado», núm. 37, 15-VIII-1938.
- 9) «El hidalgo en la aldea», núm. 38, 1-IX-1938.\*
- 10) «Caminantes», núm. 40, 1-X-1938.
- 11) «Los libros en la aldea», núm. 42, 1-XI-1938.

- 12) «Córcega, la isla enigmática y breve», núm. 43, 15-XI-1938.
- 13) «Motivos», núm. 44, 1-XII-1938.

–RAFAEL HIERRO

- 1) «Archivoltas», núm. 4, 1-IV-1937.
- 2) «Los libros y nosotros», núm. 40, 1-X-1938.

–RAMÓN HIERRO

- 3) «El hombre del café», núm. 12, 1-VIII-1937.
- 4) «Las bellas rúas simbólicas», núm. 13, 15-VIII-1938.

–LUIS HIERRO

- 5) «Aventuras del licenciado Chinchilla», núm. 15, 15-IX-1938.\*
- 6) «Proyectos en la despedida del Otoño», núm. 42, 1-XI-1938.

–JOSÉ ALDEA

- 1) «Recuerdo del III Concilio de Toledo», núm. 6, 1-V-1937.
- 2) «La vida del campo», núm. 15, 1-IX-1937.
- 3) «La ciencia, hoy, en demanda de la fe y la moral cristiana», núm. 16, 15-IX-1937.
- 4) «La Iglesia, Madre inmortal de la ciencia y la santidad», núm. 17, 1-X-1937.

–LUIS PAX

- 1) «La torre mudéjar», núm. 22, 1-I-1938.

–JOSÉ ALISIO

- 1) «La santa comunidad de las madres», núm. 28, 1-IV-1938.

–JUSTINO MONTES

- 1) «La proyección en la retina», núm. 37, 15-VIII-1938.

—J. A. (¿J/osé/ A/ldea/, J/osé/ A/lba/, J/osé/ A/lisio/?)

- 1) «Enseñanza», núm. 40, 1-X-1938.

—Anónimos de autoría muy probable de Otero Pedrayo:

- 1) «Semana de Pasión», núm. 28, 1-IV-1938.
- 2) «Corpus Christi», núm. 32, 1-VI-1938.

—IVÁN D'ARTEDO (pseudónimo como traductor, en los suplementos)

- 1) «El Ferrocarril. Impresiones del escritor francés Gautier sobre el primer viaje del ferrocarril del Norte» (3 suplementos)
- 2) Francisco Renato de Chateaubriand, Vizconde de Chateaubriand, «Viaje a Italia (Fragmentos)» (2 suplementos).
- 3) A. F. Ozanam, «De la poesía popular en Italia antes y después de San Francisco».
- 4) A. F. Ozanam, «Vida, estudios, genio de Dante».
- 5) Abel-Francisco Villemain, «Ensayo sobre la oración fúnebre» (2 suplementos).

## ACLARACIONES SOBRE ESTE CATÁLOGO

El criterio para incluir seudónimos que sólo aparecen una vez, como «Luis Pax», «José Alisio», «Justino Montes» o las iniciales «J. A.», fue el del fácil reconocimiento del estilo de Otero o los temas que se repiten una y otra vez en *Misión*.

Como pude observarse, hay una ocasión en que los nombres de «Luis Peñonfre» y «Juan Gallego» se trastocan: en la primera entrega de la serie «Temas del Año Santo» (núm. 10, 1-VI-1937), que debería corresponder a «Juan Gallego», firma aparecida bajo «Canto Coral» en ese mismo número.

Hemos preferido mencionar ahora, en este aparte, pseudónimos también probables, pero que nunca nos han dejado de ofrecer dudas: o porque aparecen una sola vez y no hay huellas oterianas tan evidentes como en los casos anteriores, o porque sus trabajos nos han parecido diferentes: sus temas desusados y un estilo más bajo —cosa que no es tan decisoria: el estilo en los artículos de Otero muestra altibajos otras veces— nos han decidido a no incluirlos:

—ANTONIO MONTEALEGRE (demasiada casualidad sería el parecido con el otro pseudónimo, «Antonio Monteagudo», y el incluir un cuento en su pequeña lista de trabajos):

- 1) «La condición, económica, más conveniente al hombre y por qué debe haber ricos y pobres», núm. 15, 15-IX-1937.
- 2) «Sobre si puede haber amistad entre dos que ni siquiera piensen lo mismo», núm. 16, 1-X-1937.
- 3) «Sobre cuán necesario nos es el dolor», núm. 17, 15-X-1937.
- 4) «El niño que jugaba con la luna y con el sol», núm. 27, 15-III-1938.

—ANTONIO FERRO (apoyándose en testimonios de viajeros, habla de la Rusia identificada con el Asia occidental):

- 1) «Rusia», núm. 12, 15-VIII-1937.

—RICOUT

- 1) «El antiguo señor de la aldea», núm. 16, 1-X-1937.

—JOSÉ RAMÓN (obsérvese el estilo oteriano en: «La sinfonía del trabajo, con el alegre tintineo de martillos y cinceles, eleva las maravillosas construcciones románicas, que han de ser pasmo y admiración de las generaciones venideras»).

- 1) «Don Diego Gelmírez», suplemento núm. 7 de la serie «Relatos históricos».